

Si tuviera que expresar en una palabra lo que fue la Jornada Mundial de la Juventud, esa sería: revitalizadora. Porque uno, al encontrarse con tanta gente parecida a uno en la edad y en sus motivaciones, con tanta alegría y con tantas ganas, llenos de oración y de fe, uno se siente reconfortado. A uno le entran energías de seguir haciendo lo que uno está haciendo y de crear y hacer cosas nuevas, a uno le dan ganas de avanzar y crecer.

Fue milagroso poder ver a tres millones de personas, reunidas a lo largo de una inmensa playa, para profesar la fe y encontrarse con Jesucristo. Fue milagroso poder sentir el silencio sobrecogedor de tres millones de personas en el momento de adoración al santísimo, en un ambiente de profunda oración y respeto. Pero más milagroso fue poder ver a la misma cantidad de personas bajo una lluvia torrencial, sin querer moverse, soportando todo tipo de adversidades, para lograr compartir con Su Santidad Francisco unos momentos de canto y de alabanza.

El Papa nos dirigió un sinnúmero de discursos, palabras y enseñanzas. Aquí pretendo nada más que dar a conocer algunas de las que más cautivó mi corazón.

Francisco nos dejó claro que nosotros los jóvenes tenemos que ser la punta de lanza de una nueva Iglesia, pues nosotros tenemos la energía, la vitalidad y la fuerza para construirla. Una nueva Iglesia más inclusiva, abierta, con mayor vocación social, entregada: de puertas abiertas. Los jóvenes tenemos que ser constructores en todas las esferas de la vida, no sólo en las que conciernen al área pastoral. El Santo Padre nos llamó –al más puro estilo trasandino- a que no nos dejáramos “balconear”: que no nos posáramos en el balcón de la casa a ver cómo la vida transcurre y todo avanza (o retrocede); tenemos que salir a la calle a involucrarnos y transformar el mundo. Con nuestras herramientas tenemos que salir a predicar, con nuestros valores tenemos que tomar el futuro en nuestras manos.

Otro de los mensajes que dio –al reunirse con la delegación de jóvenes argentinos- fue la respuesta a la siguiente pregunta: ¿qué es lo que le gustaría resultara de esta Jornada Mundial de la Juventud? Su respuesta fue clara. Quería que se formara lío. Lío. Que la Iglesia saliera a “dejar la grande”. Que saliera a la periferia; a los rincones en que no se conoce a Dios, o no se quiere aceptar; a los rincones afectados por el odio, por la injusticia. Que desatemos nuestra alegría, nuestra fe en Jesucristo, y contagiemos a todos. También quiere que nosotros nos defendamos de las mundanidades: del clericalismo, de las materialidades, del dios del dinero y de la avaricia, que es otro tipo de idolatría. Del dinero, sobre todo, porque lo nuestro pertenece a Dios y a él corresponde; no tenemos que

quedarnos con lo nuestro sino que entregarlo y compartirlo. Todo lo material tratar de dejarlo a un lado y buscar la unión como comunidad. Tenemos que ser constructores de una sociedad y de una Iglesia más unida. De juntarnos con el prójimo y enseñarle lo que nosotros tenemos, lo que nosotros sabemos.

Tenemos que unirnos, pero de forma seria y real con las demás personas. Con lazos humanos; lazos no superficiales. No como la globalización y la sociedad actual nos está transmitiendo: buscando unirnos a través de medios virtuales, alejándonos de lo corpóreo y del calor humano. Crea relaciones ficticias. Tenemos que ir contra la corriente, sin importar que nos cueste. Tenemos que evangelizar y transmitir sobre un modo de vida más puro, menos contaminado de egolatrías y odiosidades. De trabas y enemistades. A pesar de las adversidades, hay que jugar hacia adelante, ir de frente y enfrentar los conflictos. Hablar sobre un tipo de amor distinto.

Una de las palabras que más escuché, que repitió múltiples veces en sus intervenciones el Papa Francisco, fue la palabra "pueblo". Que somos un solo pueblo de Dios; pero también –y por lo mismo- tenemos que trabajar por todo el pueblo. Somos el pueblo de Dios y todos tenemos que ser iguales; debemos hacer lo posible porque realmente nos unamos como comunidad.

Y, lo más importante de todo, es "poner fe", que en portugués se dice "bota fe". Lo que quiere decir que nosotros tenemos que poner nuestra fe en Jesucristo, en Dios y en el Espíritu Santo; que tenemos que creer que Jesucristo es el Camino, la Verdad y la Vida; y que de él depende nuestra existencia. Tenemos que escucharlo y seguirlo y así poder concretizar la frase que fue el lema de esta Jornada Mundial de la Juventud: "Vayan y hagan discípulos en todas las naciones."